

TEXTOS Y GLOSAS

¿Un signo de los tiempos?

(CONFERENCIAS CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL «INSTITUTUM PATRISTICUM AUGUSTINIANUM», ROMA 4-7 DE MAYO DE 1970.)

En el nuevo edificio del «Institutum Patristicum AUGUSTINIANUM» hay una frase de San Agustín que reza así: «...*quod san(c)ti invenerunt in Ecclesia, tenuerunt; quod didicerunt, docuerunt; quod a patribus acceperunt, hoc filiis tradiderunt...*» (C. Julian. II, 24 PL 44, 698). Agustín hablaba contra los pelagianos, más en concreto contra Julián de Eclana, y apelaba a la tradición de la Iglesia sobre el pecado original. Los católicos se creían —y eran— los detentores de la verdad, no sólo por ser los herederos de una tradición, sino ante todo porque buscaban la verdad en la unidad por medio de la caridad, con respeto y comprensión, pero con eficacia. Y cuando la verdad —en este caso del pecado original— parecía despedazarse, se apelaba a la unidad, basada en la secuencia generacional de las edades, amando a las personas y respetando cuanto en precedencia se había descubierto en el misterio cristiano. A la verdad solamente podía llegarse en la unión con cuantos han precedido, sin cortar el hilo que une a los hombres del pasado con los del presente. Y a la unidad le da cabida la humildad, no el triunfalismo, la admisión de que para encarnarse en el tiempo, es preciso hacerse siervo, disminuirse sin ruidos para engrandecerse, que podría traducirse en nuestro lenguaje para todas las ocasiones que siguen este curso, «menos ruido y más nueces». Y con el contenido, fuerte y sólido, se alimenta con más vigor el cuerpo de la Iglesia. La tradición tiene algo que decir en la conciencia ininterrumpida y en el progreso constante. Y eso revela un hecho: unidad no es uniformidad ni ordenamiento masivo, sino pluralismo de expresiones y manifestaciones en unión de aspiraciones.

«Volver a la tradición», o «retorno a las fuentes» que tanto se oye en la actualidad puede tener un doble sentido, fácilmente ofuscable por una concepción estática de la tradición. Un sentido de gratitud hacia quienes se han esforzado en un determinado tiempo y ambiente por adaptar el mensaje cristiano y su mundo, abriendo camino y enriqueciéndolo con nuevas vivencias. Y a su vez una unión con ellos en espíritu y una adhesión a sus empeños, nacidos de amor a la Iglesia y a la humanidad.

Hay también quienes —segundo sentido— vuelven los ojos a la tradición,

cobardemente, por no atravesarse en su tiempo a enfrentar los problemas del día, como aquellos afrontaron los suyos. Es entonces mucho más fácil apelar a soluciones hechas y bajo el señuelo de conocer la actualidad, se le imponen soluciones dadas, muy válidas para otros momentos históricos. En ciertos momentos de la historia, cuando falta garra y las fuerzas decaen o se siente la propia debilidad ante el presente, la tradición aparece como un recurso, el menos comprometido y arriesgado. Así no hay peligros ni decepciones, pero se carece también de soluciones aptas. Podría, si así se entendiera, ser este recurso el más revelador de la impotencia personal y colectiva.

Sin embargo, no creemos que sea éste el fin de una institución como la que el 4 de mayo se ha inaugurado en Roma. Existe una conciencia clara de su misión y de su posibilidad de clarificación de ideas para el mundo actual. Es verdad que sería utópico mirarse solo narcisísticamente en el espejo de la historia, sin extraer la lección para el hoy que nos toca vivir. Pero en esta perspectiva está concebido también el Instituto Patrístico «Augustinianum». *Vetera et nova*, y aquello como clarificación, al menos relativa, de esto. El nuevo Instituto se lanza al mar de la navegación con una consigna bien anotada. Así lo ha dejado en luz el Reverendísimo P. Agustino Trapè, prior general de los Agustinos, en su discurso inaugural, haciendo la presentación al Santo Padre.

EL DISCURSO DEL P. GENERAL, AGOSTINO TRAPE.

Palabras de gratitud a S. S. Pablo VI, que se ha dignado bendecir e «inco-aggiare» esta iniciativa. Tras unas breves palabras iniciales expresaba la utilidad del estudio de los Santos Padres diciendo: «Estamos convencidos de que los Padres de la Iglesia, los de Occidente, y los no menos grandes y más numerosos de Oriente, por la seguridad de su doctrina, por la humildad de su investigación, por la profundidad de su especulación, por la fuerte personalidad y el esplendor de sus escritos, pueden ejercer un grande y benéfico influjo sobre los estudios teológicos de hoy y sobre la formación de las nuevas generaciones.

«Ellos han unido conjuntamente el principio de la tradición y el del progreso teológico... De la unión de estos dos principios ha nacido esa síntesis doctrinal que es a un tiempo fidelidad a la tradición y renovación atrevida... La teología hoy, proyectada hacia una profunda renovación y necesitada, con frecuencia, de un equilibrio, puede extraer gran ventaja de la experiencia y de la sabiduría de los Padres. Además el estudio de sus obras podrá ayudar no poco al movimiento ecuménico que encuentra en ellos un guía experto que actuará, según la necesidad, de estímulo y de freno...

Por esta razón la Orden no ha ahorrado sacrificios con el fin de poner en

pie de alerta el Instituto Patrístico, del que la inauguración del edificio destinado al mismo constituye la fase inicial... No que en nuestro Instituto se pretenda proponer toda la doctrina de los Padres, sino que se quiere enseñar más bien la metodología para estudiarlos; se quiere inducir a los jóvenes a acercarse a ellos, a leer las obras, a conocer sus enseñanzas, a sentir y compartir con ellos el amor por Jesucristo y por la Iglesia».

No se alargaba más ni era necesario. Pedía al final la bendición apostólica y hacía una vez más votos por que el Instituto fuera un auténtico servicio a la Iglesia en las dificultades en que hoy se debate. Esbozaba también en breve síntesis el programa que se pretendía desarrollar con las diversas secciones. Y al final hablaba de la actualidad del estudio de los Padres, citando la frase de San Agustín que hemos comentado al principio de este resumen. El Instituto quiere significar, como hicieron los Padres, la fidelidad a la tradición y una atrevida renovación, «ardito rinnovamento». Con un augurio de esperanza en la juventud, ha agradecido la aportación a cuantos han colaborado y a cuantos con su presencia —eran muchas las personalidades que asistieron al acto— han querido honrar este acontecimiento.

EL MENSAJE DE PABLO VI SOBRE LOS ESTUDIOS PATRÍSTICOS.

El Santo Padre, Pablo VI, tomando luego la palabra con voz trémula, triste en apariencia y cansada, ha pronunciado este discurso, que traducimos por el interés que ofrece para los estudios patrísticos. En algunos momentos se ha permitido la libertad de hacer incisos personales, como recuerdos de una vivencia que la lleva muy dentro del alma. Dijo así:

«Hijos carísimos:

Nuestros pasos Nos han conducido hoy en medio de vosotros para un encuentro que satisface no solamente vuestra legítima aspiración de acoger este humilde Vicario de Cristo para la inauguración del nuevo Instituto Patrístico «Augustinianum», sino que cumple también un deseo particular Nuestro de conocer personalmente la sede del Instituto mismo, que llena de alegría justamente la entera Familia de la Orden Agustiniiana.

Dejadme, hijitos, que en una circunstancia tan significativa os expresemos algunos sentimientos que suscita en Nos la realización de esta atrevida empresa.

Ante todo un sentimiento de sincera gratitud al Señor, que ha querido darnos el consuelo de ver esta nueva promesa para el incremento de los buenos estudios eclesiásticos. Y Nuestro reconocimiento se dirige también a todos aquellos que han sido los instrumentos de las benévolas disposiciones de la Divina Providencia en esta obra; en primer lugar a los Superiores de la Orden Agustiniiana, que con

sabiduría de amplia mira y no sin grandísimos sacrificios la han ideado y realizado; y además a los bienhechores que han generosamente facilitado el feliz cumplimiento. Conceda Dios a todos la merecida recompensa.

De este modo vuestro Instituto se inserta egregiamente en el concierto de los célebres y beneméritos Institutos de cultura eclesiástica que florecen numerosos aquí en Roma; y se inserta con un rostro suyo, con una fisonomía particular, con una función propia, de suerte que añade nuevo prestigio y decoro a la alta cultura teológica romana.

Pero brota de Nuestro ánimo la complacencia tanto más cordial y espontánea por esta sede, cuanto ella se injerta en una gloriosa tradición de vuestra Orden, que ha dado incomparables servicios a la Iglesia: queremos decir la de los estudios patrísticos y de San Agustín en particular, cuyo pensamiento y enseñanza constituyen para vosotros un patrimonio espiritual que custodiar y promover con todo esfuerzo. De este patrimonio os demostráis no sólo herederos pasivos, sino excelentes y modernísimos promotores. A este respecto, Nos bastará citar un nombre: el del llorado P. Antonio Casamassa, insigne gloria de vuestra Orden y de Nuestra Universidad Lateranense. Recordemos todavía dos iniciativas que hacen honor a la actividad científica de vuestro Estudio Teológico: la Cátedra Agustiniana y la nueva edición de todas las obras de San Agustín ya felizmente iniciada.

Pero lo que Nos toca subrayar en este momento es sobre todo el hecho de que este Instituto Patrístico responde plenamente a las necesidades actuales de la Iglesia. El retorno a los Padres de la Iglesia, en efecto, forma parte de aquella ascensión a los orígenes cristianos, sin la que no sería posible actuar la renovación bíblica, la reforma litúrgica y la nueva búsqueda teológica augurada por el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Para convencerse de esto, basta pensar en la particular función que los Padres ejercen en la Iglesia. Testigos de la fe de los primeros siglos, están vitalmente insertados en la tradición que deriva de los Apóstoles. «Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta Tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante» (Const. *Dei verbum* n. 8). Se comprende entonces cuán importante sea el estudio de los Padres para una más profunda inteligencia de la Sagrada Escritura, y cuán decisivo sea para la Iglesia su acuerdo sobre la interpretación de la misma. Como recuerda la Encíclica *Divino afflante Spiritu*, aunque los Padres estuvieran «a veces menos dotados de erudición profana y de ciencia lingüística que los intérpretes de nuestro tiempo, sin embargo, por el oficio que Dios les confió en la Iglesia, sobresalen por una serena penetración de las cosas celestes y por un admirable acumen de pensamiento, con el que penetran íntimamente la profundidad de las divinas palabras».

Mas los Padres fueron además teólogos iluminados que ilustraron y defendieron el dogma católico, y, en su mayor parte, celosísimos pastores que lo predicaron

y lo aplicaron a las necesidades de las almas. Como teólogos, ellos los primeros dieron forma sistemática a la predicación apostólica, por la que, como afirma San Agustín, fueron para el desarrollo de la Iglesia lo que habían sido los Apóstoles para su nacimiento: «*Talibus post Apostolos sancta Ecclesia plantatoribus, rigatoribus, aedificatoribus, pastoribus, nutritoribus crevit*» (Contra Julianum (de originali peccato) II, 10, 37 PL 44, 700). Como pastores, después, los Padres sintieron la necesidad de adaptar el mensaje evangélico a la mentalidad de sus contemporáneos y de nutrir con el alimento de las verdades de la Fe a sí mismos y al pueblo de Dios. Esto hizo que por medio de ellos catequesis, teología, Sagrada Escritura, liturgia, vida espiritual y pastoral se uniesen en unidad vital, y que sus obras no hablasen solamente al entendimiento, sino a todo el hombre, interesando el pensar, el sentir y el querer. Ellos tuvieron además una sobreabundante riqueza de espíritu cristiano, derivada de su santidad personal, por lo que a su escuela la Fe no se contenta de puras elucubraciones intelectuales, sino que fácilmente se enciende también de sentido místico. Como ponía de relieve el gran Bossuet, sus obras «producen un fruto admirable en quien las estudia: porque, después de todo algunos grandes hombres están alimentados del escueto trigo de los elegidos, de la pura sustancia de la religión, y así como están llenos del espíritu primitivo que han bebido más directa y abundantemente de la misma fuente, sucede, no raramente, que lo que emana con frescura natural de su plenitud es más nutritivo de lo que ha sido luego repensado y meditado (*Défense de la Tradition et des Saints Pères*, I Partie L. IV. c. XVIII).

Por estos motivos no hay duda que un estudio más profundo y más orgánico de la patrística puede ofrecer una ayuda incalculable a la renovación teológica en este período post-conciliar. Renovación que requiere una teología que sea no menos pastoral que científica; que permanezca en estrecho contacto con las fuentes bíblicas; que tenga como centro Cristo; que considere al hombre insertado en la historia de la salvación; que sea constantemente fiel a la palabra de Dios, devota al Magisterio de la Iglesia, pero al mismo tiempo atenta a todas las voces, a todas las necesidades, a todos los auténticos valores de nuestra época.

No por nada el estudio de los Padres ha sido recomendado con insistencia por el Concilio debido a su incidencia sobre el estudio de la Sagrada Escritura (cf. *Dei Verbum*, n. 23), sobre la renovación de los estudios teológicos (cfr. Decr. *Optatam totius* nn. 11; 16), sobre la construcción de una ciencia sacerdotal válida (cfr. Decr. *Presb. Ord.* n. 19), sobre la teología misionera (Cfr. Decr. *Ad Gentes* nn. 3; 22).

En esto es sorprendente la actualidad y la eficacia del ejemplo de San Agustín, a quien vuestro Instituto, en la distribución de los Cursos, ha querido asignar una sección aparte, no solamente por lo vasto de su enseñanza, sino también por su importancia. En realidad amén de brillar en él en grado eminente las cualidades de los Padres, se puede decir que todo el pensamiento de la antigüedad converge

en su obra, y de ella derivan corrientes de pensamiento que impregnan toda la tradición doctrinal de los siglos sucesivos.

El ha amado apasionadamente la verdad, y no se ha cansado de escrutar el contenido de la fe y de cultivarla como ciencia. Es suyo el mote: «*intellectum valde ama*» (Epist. 120, 13: PL 33, 459); suya la noción de teología como ciencia «*qua fides saluberrima, quae ad veram beatitudinem ducit, gignitur, defenditur, nutritur, roboratur*» (De Trin. 14, 1, 3: PL 42, 1037). Pero nadie más que él ha sabido inclinarse a las profundidades del misterio, prefiriendo la *fidelis ignorantia* a la *temeraria scientia* (Serm. 27, 4: PL 38, 179), es decir, a la ciencia que, abandonada la guía de la fe, se confía a la sola investigación de la razón.

Conoció todos los resortes de la cultura filosófica y literaria de su tiempo: pero su amor apasionado fue para los Libros Santos, que meditó y explicó con incomparable entendimiento de amor. Bíblica fue su teología, como bíblico fue también su lenguaje.

En la especulación teológica logró cimas no fácilmente accesibles; pero el autor del *De Trinitate* ama también la concretez de la historia y quiere además que la exposición de la doctrina cristiana se haga sobre la línea de la historia de la salvación (*De Catechizandis rudibus*, 3, 6; 7, 11: PL 40, 313; 317).

Como todos los Padres también él sintió viva la exigencia de profundizar el mensaje evangélico, de adaptarlo a la mentalidad de sus contemporáneos y de expresarlo con un lenguaje apropiado; pero nadie más que él enseñó y practicó la fidelidad al sentido tradicional del dogma. «*Liberis verbis* — escribe el doctor de Hipona en el *De civitate Dei*— *loquuntur philosophi, nec in rebus ad intelligendum difficillimis offensionem religiosarum aurium pertimescunt. Nobis autem ad certam regulam loqui fas est, ne verborum licentia etiam de rebus, quae his significatur, impiam gignat opinionem*» (10, 23: PL 41, 300).

Hijos carísimos, hemos querido hacer en común con vosotros estas breves consideraciones, con el fin de que comprendáis cuán grande es la importancia que atribuimos a vuestro Instituto, y cuanto esperamos Nos de él.

Y ahora un augurio y una bendición. Al nuevo Instituto el augurio de que «*vivat, crescat, floreat*», afirmándose no sólo por su regular funcionamiento y la seriedad de los estudios, sino también por el espíritu con que ha surgido, que es espíritu de amor y de servicio a la Iglesia, de fidelidad inconcusa a su misión de «*Madre y Maestra*» y de fraterna colaboración con los otros Institutos científicos de la urbe. Un augurio luego a los Superiores y profesores a fin de que puedan recoger los mejores frutos de su empeño. Y en fin a todos los alumnos dirigimos el voto que correspondan a las esperanzas de la Iglesia, y sepan recoger del estudio de los Padres los frutos abundantes de sabiduría cristiana para su formación intelectual y espiritual.

Estos votos vienen avalados por nuestra propiciadora Bendición Apostólica

que impartimos a todos vosotros auspiciando las más selectas gracias del Señor».

Con este discurso y la bendición impartida al nuevo edificio y a los presentes, terminaba el acto de inauguración, en el que el Instituto Patrístico «Augustinianum» había sellado su compromiso. Un compromiso que le obligaba a una organización y a una puesta en marcha, condicionada por estas palabras de ánimo que el Papa le había regalado en tal circunstancia. Los estudios patrísticos estaban de enhorabuena. Una palabra autorizada había elevado su valor y había puesto en órbita la urgencia y la necesidad de un examen crítico, histórico y teológico del contenido patrístico para reforzar de una parte la tradición y para aprender, por otra, la exigencia de una adaptación de la teología a la nueva marcha de la humanidad.

LAS CONFERENCIAS.

No podía limitarse esta circunstancia simplemente a una inauguración oficial. Y por eso mismo el Instituto había organizado tres días de conferencias con personas competentes en la materia. Los días 5, 6 y 7 de mayo disertaron en el aula magna del nuevo edificio tres autoridades de los estudios patrísticos. El día 5, el Card. Michele Pellegrino, pronunciaba su conferencia sobre *Los Santos Padres y los problemas de la cultura*. La conocida altura científica del eminentísimo Purpurado ponía de relieve algunos puntos muy dignos de tenerse en cuenta y arriesgaba también una opinión frente a los debatidos problemas de la actualidad en torno a una cultura cristiana. Iniciaba su proluación definiendo, en conformidad con la *Gaudium et Spes*, la cultura como el resultado de la compleja y multiforme actividad del hombre, en cuanto constituye «el patrimonio propio de cada grupo humano», es decir, con mayor precisión: el conjunto, más o menos orgánico o coherente, de aquellas nociones que contribuyen a formar una mentalidad, destinada a influir sobre la orientación de la vida. En cuanto a los Padres se trataba sobre todo de la cultura greco-romana y su problema era la aceptación o el rechazo de la misma. Teniendo en cuenta su formación, su temperamento y sus intenciones no puede hablarse en ellos de un bloque monolítico. Tenemos, por ejemplo, una actitud de rechazo en Tertuliano y en Taciano, pero al mismo tiempo topamos con una aceptación y una puesta en cantera por parte de Clemente Alejandrino para quien como la ley fue pedagogo para los judíos hacia Cristo, así es guía para los griegos la filosofía.

Existen, en general, a través de la patrística, dos actitudes fundamentales, diversas tanto personales como de grupo. Su Eminencia recogió los elementos comunes de las mismas y ofreció las características de esos momentos históricos. Y como la Biblia significaba un poco la canalización de esas actitudes, el orador

expuso la relación entre la Biblia y la cultura profana, tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento. Entre los Apologistas, tanto el filósofo mártir Justino como Atenágoras ven en la filosofía y en la poesía de los griegos singulares consonancias con el mensaje bíblico. Con Clemente Alejandrino el proceso de simbiosis entre cristianismo y cultura clásica da un notable paso hacia adelante. No sólo recoge muchos elementos del pensamiento griego que retenía como anticipaciones del cristianismo, sino que presenta un ideal de cristianismo que trata de apropiarse aquellos aspectos del ambiente cultural en que vive, rechazando, empero, lo que cree en oposición al mensaje de Cristo.

El orador ha profundizado en la conferencia mucho más en los siglos sucesivos, sobre todo en los siglos IV y V, despreciando los elementos de cultura clásica verificables en las obras de Basilio de Cesarea, de Gregorio de Nisa, de Gregorio Nacianceno. En Occidente repara de modo especial en Ambrosio, en Jerónimo, en Agustín, en Aurelio Prudencio.

Expuesta con abundancia de datos y de citas esta relación y entrando por los diferentes campos de la cultura, se hace una última pregunta de mucha actualidad: ¿Existe realmente una cultura cristiana? ¿Ha existido en tiempo de los Padres o puede hablarse de tal? O si se prefiere hacer la pregunta en otros términos, diríamos: ¿En qué medida se salva la autenticidad de los valores cristianos, en ésta o en la otra forma de cultura? El Card. Pellegrino se opone a una cultura cristiana, aun pensando que muchos valores cristianos han vitalizado y enriquecido la cultura. Más aún, llega a decir que no debe realizarse una cultura cristiana, sino que el cristianismo asume y eleva la cultura existente y se sirve de la misma y se mezcla con ella para darle desde dentro el fermento evangélico. «La solución dada por los Padres —diría el orador— era una solución que reconocía algunos valores auténticos y perennes del pensamiento precristiano, los asumía en pleno, pero decantándolos, purificándolos y elevándolos, en la integralidad del pensamiento cristiano. Esta tarea fue cumplida porque combatieron esta batalla con un espíritu auténticamente religioso, con humildad, con adhesión a la tradición, en el sentido más profundo de la palabra, y a la Iglesia; estas virtudes les permitieron que —aun con algunas desviaciones parciales— permanecieran sustancialmente en el surco de la verdad y fueran obrejos del Evangelio».

El día 6 figuraba en el programa de conferencias el Prof. J. N. D. Kelly, de la Universidad de Oxford, conocido en todos los ambientes patrísticos por sus obras principales *Early Christian Creeds* y *Early Christian Doctrines*, amén de otra serie de escritos menores. El título de su conversación era prometedor: *Patristic Studies and the Ecumenical Movement*. Un desarrollo sencillo, pero sumamente interesante. El orador comienza recordando a Daniélou, que en el 1963 había dicho que era necesario redescubrir en los Padres una tradición común, como fondo para el ecumenismo, superando mentalidades y ambientes particulares, y añade

que sería preciso llegar a una interpretación interconfesional. No siempre el estudio de los Padres ha ayudado al diálogo ecuménico, y así en los siglos XVI y XVII se sirvieron de ese estudio más bien en plan controversístico que en sentido irénico. La historia es aleccionadora a este respecto. En la Reforma se trató de probar que la Iglesia romana había deteriorado la Iglesia de los Padres, pero siendo leales hay que reconocer que una cosa era la visión de la Iglesia en general, y otra las decisiones de Trento en particular. El anglicanismo durante ese período tuvo un grupo grande de patrólogos, como James Ussher (1581-1650), John Person (1613-1686), Georges Bull (1634-1710), etc. Sin embargo el uso controversístico se proseguía en los siglos XVIII y XIX.

Dejando aparte la historia, ahora se trataría de una comprensión interconfesional de los Padres: ¿Cómo puede considerarse la edad de los Padres como la edad de oro de la unidad? Nos hallamos con una iglesia indivisa, pero fragmentada, conservando una creída unidad. La línea de la unidad ha apelado tradicionalmente al anglicanismo. En este sentido ofrece algunos ejemplos de la iglesia anglicana a la que pertenece, y continúa diciendo que la Iglesia de los primeros siglos estaba tan dividida como el cristianismo actual, aunque la división fuera de otro tipo. Se daban grupos, pequeños cismas de la «gran Iglesia», levantándose altar contra altar: la cristiandad de Antioquía, el donatismo, el monofisismo, entrando a veces en ello también la actitud de la Iglesia frente al estado y la protección de éste. Su cercanía mayor a la fuente original cristiana les ofrecía el medio de una actitud quizá un poco cerrada, pero amplia, por ser «órganos privilegiados de la tradición», aunque no pueda exagerarse este carácter. Los Padres son privilegiados por su antigüedad y un grado de mayor inspiración en el mensaje cristiano comunicado. Pero la inspiración de los Padres, su antigüedad y fondo, no debe ser obstáculo ni debe hacer pensar que el Espíritu Santo no continúa inspirando a su iglesia en las diversas épocas y con los diferentes medios del pensamiento. Esto es fácilmente apreciable en la interpretación de la Escritura, en la que hoy no se pueden admitir muchas de las fantásticas interpretaciones de los Padres.

Para el ecumenismo, los apologistas producirían reflexiones negativas. La forma de la liturgia de los Padres, los credos que se iban fijando, han dado una estabilidad. No se trataría, sin embargo, de volver sólo a ellos, sino que sería necesario acomodar eso a las circunstancias y condiciones cambiantes de los tiempos. Y el Espíritu seguiría iluminando en este orden también nuevas verdades. Lo mismo puede decirse sobre la disciplina y sobre lo canónico. Los problemas centrales de artículos de fe, por ejemplo la Trinidad, la personalidad y la divinidad del Espíritu Santo, las dos naturalezas del Hijo, postulan una reinterpretación por parte de todas las confesiones religiosas. Y Atanasio e Hilario, Basilio y los dos Gregorios, Cirilo y Agustín serán como nuestros verdaderos Padres en la fe.

Hay para los cristianos separados otros puntos que puedan estimularles al

estudio de los Padres, por ejemplo la Iglesia como modelo de unidad entre ellos. Pero era una unidad muy especial, no «undivided, but it was much less divided than christendon in today, and its divisions were in the nature of things much less duple, entrenched». Sin embargo, tienen un gran horror a las divisiones y por tanto al cisma, y eso por dos principios: primero, porque la Iglesia aparece en la Escritura como cuerpo de Cristo y esto no es una aspiración para ellos, sino un hecho, y segundo, porque la unidad en la Iglesia viene realizada por el amor cristiano, por el *agapé*, por la *caritas*.

No obstante, la necesidad de la unidad y el horror a las divisiones presenta diferencias en las diversas tradiciones. Unas la presentan más en su aspecto invisible y otras en su aspecto visible y jerárquico; allí regiría más bien la libertad, y aquí, la constitución autoritaria. Depende en parte de las tradiciones vigentes. «La tentación del católico comprometido cristiano es caer en la forma opuesta de complacencia. Es fácil para él asumirlo todo sobre la base de un seguimiento excesivamente literal de ciertos principios descubiertos en los Padres, y puesto que la Iglesia de Cristo es necesariamente una, todo otro grupo de cristianos fuera de esa única comunión está *ipso facto* fuera de la Iglesia. Pero ¡la panorámica del cristianismo permitió ofrecer un saludable correctivo a esta unilateralidad!». La Iglesia mediterránea tiene conciencia de su independencia y las demás también la buscaban.

Y los Padres presentan además un buen ejemplo para el cristianismo fragmentado. La Iglesia es preeminente y conscientemente una Iglesia de tradición y se respetan las diferentes tradiciones aunque haya un *credo* ecuménico contra las herejías, pero con diferentes expresiones. Hay en ellos una diversidad como la hay en la misma revelación. Y para hoy esto es transcendental. El respeto a la tradición pide seguir escuetamente la voz del Espíritu que no cesa en su actividad y prosigue su iluminación. «Por lo que respecta al ecumenismo, esta reverencia de los Padres por la tradición, esta convicción de ellos de que la vida de la Iglesia es la expresión de una herencia recibida, y esta insistencia en hacer la única tradición de Cristo sería el argumento a la mano para testificar el desarrollo doctrinal o eclesiástico —todos estos puntos son el «challenge»— y la inspiración para el cristianismo contemporáneo. En los círculos protestantes hay todavía una tendencia a aplicar un texto subjetivo —que nos parece acertado o erróneo—, con todas las limitaciones de un condicionamiento histórico; en círculos católicos y anglicanos, en cambio, persiste una tentación paralela de dar valor absoluto a ciertas hechuras institucionales. Partiendo de estas dos actitudes, podemos llegar a marcar un camino, en el que la sagrada tradición adquiera una dimensión justa, tal y como el Vaticano II lo expresa: *Deus qui olim locutus est sine intermissione cum dilecto Filio suo colloquitur...*».

Para estudiar el ecumenismo en los Padres hay que verlo en su devoción a Cristo vivida con profundidad, fuera de controversias y polémicas y con un espíritu

abierto a una cooperación ecuménica. Y se pide entonces objetividad, simpáticamente adquirida e ir sin prejuicios a los Padres, ya que si no ha servido para el ecumenismo su estudio, ha sido porque en el siglo XVI y XVII se usaron en plan polémico y apologético: la tentación y el prejuicio nacen la mayor parte de las veces de los temas, por ejemplo, el primado del Papa. La conferencia de Kelly clara y decidida se prestaba a muchas reflexiones. Una gran sinceridad la caracterizó.

El día 7 había una conferencia que llevaba por título: *Patristique et Vatican II*. Era orador el profesor de la Universidad de Friburgo en Suiza, Othmar Perler. Su autoridad y su acento hacían esperar profundidad y cordura. Y fue verdad. Quizá el título llevara más de lo que iba luego a ser tratado. El profesor Perler no podía examinar texto por texto de los citados en el Vaticano II y analizar con sentido crítico y de hondo método patrístico cada uno de ellos. Anotando que en el Concilio se encuentra una rica documentación patrística verdadera, es consciente también de la libertad de adaptación que se ha hecho de los textos. Ante la imposibilidad de profundizar en todas las citas y en las interpretaciones parciales que se han dado, opta por limitar su campo.

Y se atenderá, quizá con sorpresa de los oyentes, pero no sin que lo anuncie desde el principio, a un solo texto, citado en el cap. II, n. 13 de la Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia. El texto es de San Ignacio de Antioquía y la cita que hace el Concilio es la siguiente: «inde etiam in ecclesiastica communione legitime adsunt Ecclesiae particulares, propriis traditionibus fruentes, integro manente primatu Petri Cathedrae, quae universo caritatis coetui praesidet, legitimis varietates tuetur et simul invigilat ut particularia, nedum unitati noceant, ei potius inserviant». Hay un cf. San Ignacio M., *Ad Rom. Praef. ed. Funk, I, p. 252*. El texto viene aquí en relación con las Iglesias particulares y la Iglesia romana, salvando la cátedra de Pedro. San Cipriano habla del primado en el texto y pasa también por San Agustín aceptándolo la Iglesia. En el texto conciliar se ha optado por una interpretación, pero no todos, en el análisis del texto, están conformes con esa interpretación.

Othmar Perler en su conferencia se adhiere al texto de San Ignacio y pretende estudiar y examina con profusión de datos y de citas estos tres puntos: 1) Origen de la tradición conciliar; 2) La aprobación de esa tradición; 3) Sentido del texto citado por el Concilio. Analiza una a una las palabras del texto ignaciano en su significación griega, en su traducción y en los diferentes autores que lo han tratado, recogiendo varias interpretaciones y su valor ecuménico también. Pasa luego al texto interpretado por sí mismo, con un cúmulo de particularidades, que ofrecían al público el sentimiento de estar frente a un verdadero especialista.

Poco a poco, y sembrando a voleo su exposición, dejaba entrever la necesidad

de un estudio profundo para cada texto de los Padres que usa el Concilio y al final podría decir en referencia a este texto que el amor y la caridad es tema corrientísimo en San Ignacio y corriente también en su espíritu. Por otra parte, añadiría que del sentido profano y político de presidencia de Roma se pasó a lo religioso. Era simplemente un botón de muestra. Y las conclusiones que extraía de este ejemplo ponían en guardia contra un uso sin profundidad de los textos patrísticos en lo conciliar.

* * *

Con la tercera conferencia quedaba cerrado este primer lanzamiento del Instituto Patrístico «AUGUSTINIANUM» a la cultura patrística. Las promesas eran buenas, las intenciones, sanas. Era como una invitación al retorno sincero, a veces con cierto aire de polémica, a las fuentes y a la tradición. Si existe la colaboración de todos, si se toma conciencia de la necesidad de una fuerte formación en lenguas, en cultura ambiental, en filología, en filosofía, en teología, en política, en economía, en espiritualidad y en monacato de los primeros siglos, es posible que produzca un tal Instituto los frutos que de él se esperan. Al menos sobre el papel sus secciones y su planificación ofrecen garantías. ¿Sería un signo de nuestros tiempos? Debe serlo, no para huir cobardemente de los problemas actuales, sino para resolverse a ir hacia ellos sin romper con los valores puros de cuantos han precedido en la fe y especialmente de los más cercanos al centro del mensaje, Cristo.

JOSÉ MORÁN